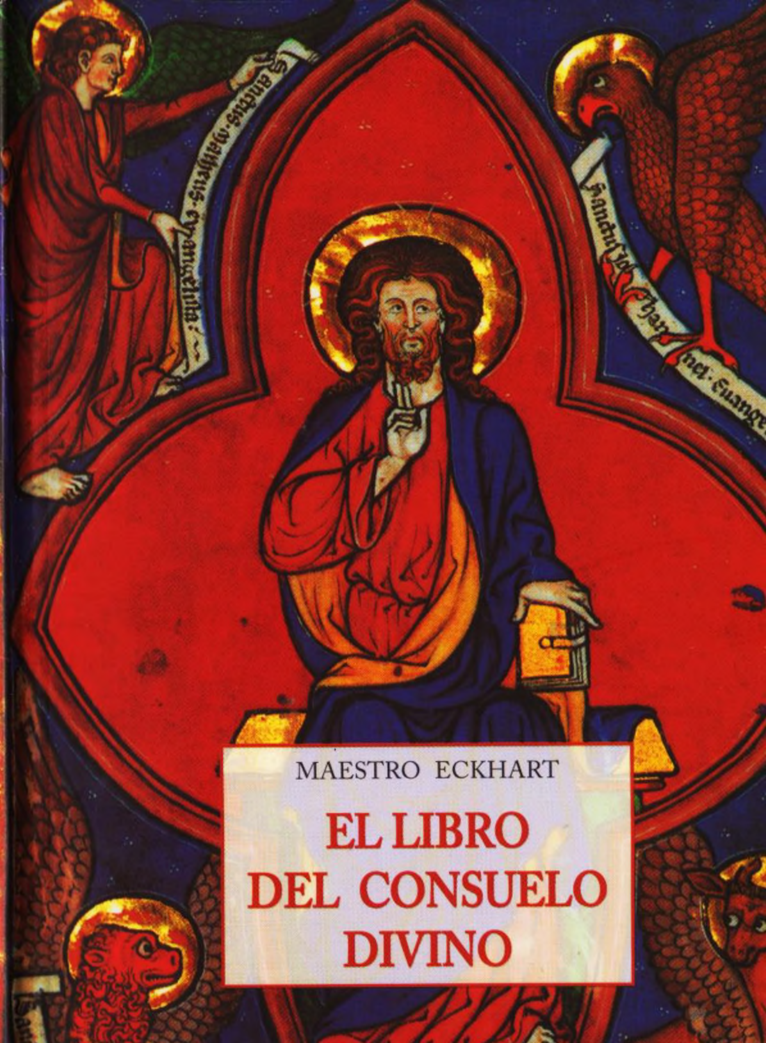

MAESTRO ECKHART
EL LIBRO
DEL CONSUELO
DIVINO

Maestro Eckhart

EL LIBRO DEL CONSUELO DIVINO

Traducción y nota introductoria
de
Francesc Gutiérrez

LOS PEQUEÑOS LIBROS DE LA SABIDURÍA

La portada y la contraportada
reproducen dos miniaturas
de *Le livre d'images de Madame Marie.*
S. XIII. BNF. París

José J. de Olañeta, Editor

Apartado 296 - 07080 Palma de Mallorca

ISBN: 84-9716-028-2
Depósito legal: B-6881-2002

Impreso en Liberdúplex, S. L. - Barcelona
Printed in Spain

NOTA INTRODUCTORIA

El acto interior, su bondad la tiene dentro de sí. Por eso no puede el acto exterior ser pequeño si el acto interior es grande, ni puede ser grande o bueno si el interior es pequeño o sin valor. El acto interior contiene en todo momento toda la altura, toda la anchura y toda la longitud. El acto interior toma su ser entero únicamente de *y* en *el corazón de Dios; de ninguna otra parte.*

Figura inmensa, «creador de la lengua alemana», místico renano de primerísima magnitud, maestro de Tauler —el «Doctor iluminado»— y del bienaventurado Enrique Suso, que hablan maravillas de él, uno de los personajes clave del esoterismo y el misticismo cristianos junto a figuras como el Dionisio Areopagita, Clemente de Alejandría o Gregorio Palamás, el Maestro Eckhart fue

además padre espiritual de innumerables contemplativos desparramados por Europa, conocidos como los «Amigos de Dios», para los que parece haber escrito la mayoría de su obra alemana (hoy considerada con mucho la más importante); y su influencia directa o indirecta fue inmensa en toda la mística europea contemporánea y posterior, incluso cuando su obra, injustamente condenada *por si acaso*, había sido totalmente olvidada. Muchos de sus sermones siguieron leyéndose como sermones de Tauler, y su influencia, que encontramos en Santa Teresa y San Juan, o en un autor más intelectual como Juan de los Ángeles, es evidente en Angelus Silesius[1], la última gran figura del esoterismo místico-simbolista, que en pleno s. XVII lleva al extremo el gusto por la imagen y la paradoja, tan eckhartianas y tan crísticas[2].

1. Angelo Silesio, *Peregrino querubínico,* José J. de Olañeta, Editor, 1985.

2. A. K. Coomaraswamy dice de Eckhart que resume y concentra «en una coherente demostración el ser espiritual

La obra alemana de Eckhart, y más en concreto este libro, parece destinada a alimentar y sustentar espiritualmente a sus numerosos hijos e hijas espirituales, aquella élite germana medieval que dependía de él. El *Libro del consuelo divino*, más concretamente, es un compendio de la doctrina y método del Camino a Dios, y ello mediante una especie de alquimia de la adversidad. Eckhart enseña a entender qué es el sufrimiento y cuál es su función en la economía divina. Enseña al espiritual a usar el sufrimiento y la adversidad —inevitables— para conseguir lo que busca por encima de todo: llegar a Dios o acercarse a Él.

Eckhart no siente ninguna atracción por el sufrimiento, lo único que hace —como tantos santos y filósofos de todas las épocas y culturas— es evidenciar de múltiples modos que la inevitable adversidad y el su-

---

de Europa en su más alta tensión» (Citado por W. N. Perry, *Tesoro de sabiduría tradicional,* José J. de Olañeta, 2000).

frimiento se pueden usar como herramientas valiosísimas para obtener ese oro que es la virtud espiritual, que hace fácil el recuerdo, la contemplación —el acto interior— y en última instancia la unión con Dios; y lo hace mostrando toda una gama de llaves que se adecúen a las distintas clases de resistencias anímicas —o de almas— de sus contemporáneos, llaves que siempre puede entender y usar el hombre de hoy de buena voluntad: las llaves no buscan convencer ni rebatir, sino que abren la puerta cerrada de la resistencia anímica cuando están en manos de quien entiende qué son y sabe que está necesitado de ellas. Y ¿quién no las necesita? El santo, el hombre centrado en el *acto interior*, está sereno en la adversidad.

EL LIBRO
DEL CONSUELO
DIVINO

Benedictus deus et pater domini
nostri Jesu Christi, etc.
II Cor: 1-3

El noble apóstol San Pablo pronuncia estas palabras: «Bendito sea Dios, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras aflicciones». Hay tres clases de aflicción que alcanzan al hombre y lo agobian en este exilio. Una proviene del daño causado a los bienes exteriores [o de su privación], otra del daño sufrido por sus familiares y amigos, y la tercera tiene por causa los daños que sufre él mismo: el menosprecio, las tribulaciones, los dolores físicos y los pesares del corazón.

Por eso es mi deseo consignar en este libro unas cuantas enseñanzas que puedan

dar consuelo al hombre en todos los infortunios, las tribulaciones y los sufrimientos. Este libro tiene tres partes: la primera contiene unas cuantas verdades en las que se encontrará aquello que puede consolar de manera legítima y total al hombre en todos los sufrimientos; siguen luego treinta textos y enseñanzas en cada uno de los cuales es posible encontrar un consuelo adecuado y total; y la tercera parte muestra ejemplos de lo que han hecho o han dicho personas sabias en medio del sufrimiento.



PARTE 1

En primer lugar hay que saber que el sabio y la Sabiduría, el hombre verdadero y la Verdad, el justo y la Justicia, el bueno y la Bondad, se miran a los ojos y tienen entre sí esta relación: la Bondad ni ha sido creada, ni hecha, ni engendrada, y en cambio es generadora y engendra al bueno; y el bueno, en la medida en que es bueno, no ha sido ni hecho ni creado, y sin embargo es el niño, hijo engendrado por la bondad. En el hombre bueno, la Bondad se engendra a sí misma con todo lo que ella es; y puesto que la Bondad (el Sumo Bien) es Conocimiento, Amor y Acción, infunde en el hombre bueno el conocer, el amar y el actuar, y el hombre bueno recibe de lo más íntimo del corazón de la Verdad —y sólo de ahí— todo

lo que él es: conocimiento, amor y acción. El hombre bueno y la Bondad no son dos cosas sino una, son una sola bondad, que es única en todo con el matiz de que la una engendra y el otro es engendrado. Y ese parir la Bondad y ese nacer el bueno constituyen absolutamente un solo ser y una misma vida. Todo aquello que pertenece al hombre bueno, éste lo recibe de la Bondad en la Bondad. En ella él existe, vive y permanece, y en ella se conoce él a sí mismo. Y todo cuanto él conoce y ama, lo ama y lo hace *por* la Bondad y *en* la Bondad, y la Bondad lo hace por él y en él en todas sus acciones, tal como está escrito en las palabras del Hijo: «El Padre que mora y habita en mí hace los actos»; «hasta ahora ha obrado el Padre, y también yo»; «todo lo que es del Padre me pertenece, y todo lo que me pertenece pertenece a mi Padre, es suyo porque lo da Él, y mío porque lo recibo yo».

Además, hay que saber que, cuando decimos *bueno*, el significado contenido en el

nombre o palabra es, ni más ni menos, la Bondad, pura y simplemente; pero la bondad, además, se da: cuando decimos que algo o alguien es *bueno*, hay que entender con ello que su cualidad de bondad le ha sido dada, infundida y engendrada por la Bondad, que es inengendrada. Por eso dice el Evangelio: «Porque así como el Padre tiene la Vida en sí mismo, así dio también al Hijo que tuviese vida en sí mismo». Dice «en sí mismo», y no «por sí mismo», pues se la ha dado el Padre.

Todo lo que acabo de decir del hombre bueno y de la Bondad vale igualmente para el hombre verdadero y la Verdad, el justo y la Justicia, el sabio y la Sabiduría, el Hijo de Dios y Dios Padre, para todo el que ha nacido de Dios y no tiene padre en este mundo, en el cual no se engendra nada que sea criatura, nada que no sea Dios, y no puede contener otra imagen que la de Dios, nada más que Dios, solo y puro. Por algo dice San Juan en su Evangelio que han recibido todo

poder y se convierten en hijos de Dios todos aquellos que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino que han nacido de Dios y sólo de Dios.

Por «sangre» entiende todo aquello que en el hombre no se somete a la voluntad del hombre. Por «voluntad de la carne» entiende todo aquello que en el hombre se somete a su voluntad pero con rebelión, una resistencia que inclina a los deseos carnales, propia del alma y del cuerpo y no tan sólo del alma; y en consecuencia las potencias del alma se agotan, se debilitan y decaen. Por «voluntad del hombre» entiende San Juan las potencias superiores del alma, cuya naturaleza y acción no se mezclan con la carne, que se encuentran situadas en la pureza del alma, separadas del tiempo y del espacio y de todo cuanto se refiera a esperar algo de ellos o a encontrar alguna satisfacción en ellos, que no tienen nada en común con ninguna cosa y en las cuales el hombre está for-

mado con la imagen de Dios, pertenece a la raza de Dios y a la familia de Dios. Sin embargo, puesto que estas potencias superiores del alma no son Dios mismo, sino que son creadas en el alma y con el alma, es preciso que se desprendan de sí mismas y se transformen sólo en Dios, que sean engendradas en Dios y por Dios de tal suerte que sólo Dios sea su padre, pues así también ellas han nacido de Dios y son hijo unigénito de Dios. Porque yo soy hijo de aquello que me forma y engendra semejante a él y en él. En la medida en que un hombre así —hijo de Dios, bueno en calidad de hijo de la Bondad y justo en calidad de hijo de la Justicia— es hijo únicamente de ella, engendra ella sin ser engendrada, y el hijo nacido de ella tiene el mismo ser que la justicia y entra en posesión de todo cuanto pertenece a la Justicia y la Verdad.

En toda esta doctrina, que se encuentra escrita en el santo Evangelio y que es reconocida por la certidumbre a la luz natural

del alma racional, encuentra el hombre el verdadero consuelo para todo sufrimiento.

Dice San Agustín: «A Dios nada le resulta lejano ni se le hace largo. Si quieres tú que nada te resulte lejano ni se te haga largo, sométete a Dios, pues entonces mil años son como el hoy». Y asimismo digo yo: en Dios no hay tristeza, ni sufrimiento, ni tribulación. Si quieres verte libre de toda tribulación y sufrimiento, aférrate a Dios, vuélvete puramente hacia Dios y únicamente hacia Dios. Ciertamente, el mal viene tan sólo de que tu deseo no te conduce únicamente a Dios y hacia Dios. Si hubieses sido formado y engendrado por la Justicia, ninguna cosa te podría hacer sufrir, del mismo modo que tampoco la justicia puede hacer sufrir a Dios.

Dice Salomón: «No se aflige el justo por nada que pueda ocurrirle». Y no dice «el hombre justo», ni «el ángel justo», ni esto ni aquello, no, dice: «el justo». Aquello del

justo que le pertenece de modo relativo, y en particular lo que hace que su justicia sea suya y que él sea justo, es el ser hijo, el tener un padre en la tierra, el ser una criatura hecha y creada, pues también su padre es criatura hecha o creada. Pero a lo que es justo de modo absoluto —puesto que no tiene padre hecho ni creado, pues Dios y la Justicia son perfectamente una sola y misma cosa y sólo la Justicia es Padre de ese justo—, el sufrimiento y la tribulación ya no pueden afectarlo, igual que tampoco afectan a Dios. No puede causarle sufrimiento la Justicia, pues la Justicia sólo es gozo, amor y deleite; y además, si la Justicia causase sufrimiento al justo, el sufrimiento se lo causaría a sí misma. Nada adverso ni injusto, ninguna cosa hecha ni creada puede hacer que el justo sufra, pues todo lo creado se encuentra muy por debajo de él, tanto como lo está por debajo de Dios, y no ejerce en él ninguna impresión ni le influye, y no se engendra en él, pues él tiene sólo a Dios por Padre.

Por eso debe el hombre dedicarse con gran aplicación a desprenderse tanto de sí mismo como de las criaturas todas y no reconocer más Padre que Dios; y de ese modo no hay nada que le cause sufrimiento ni lo aflija, ni Dios ni la criatura, ni nada creado ni increado, y todo su ser y vida, conocimiento, amor y sabiduría es de Dios, está en Dios y es Dios.

*

Y en segundo lugar hay que conocer una cosa que consuela al hombre en todas sus tribulaciones. A saber, que el regocijo del hombre justo y bueno por la obra de la justicia es, de manera incomparable e inexpresable, superior a las delicias y la alegría que él, o incluso el ángel más elevado, sienten a causa de su ser y su vida natural. Y por eso los santos daban gozosamente su vida por la justicia.

Pues bien, digo que cuando al hombre bueno y justo le ocurre un perjuicio o con-

trariedad exterior, y él permanece impasible sin dejar que se altere su ánimo ecuánime ni la paz de su corazón, es verdad lo que antes decía, que nada de lo que le llega turba al justo. Y, en cambio, si ese perjuicio exterior lo turba, es verdad que es equitativo y justo que Dios permita que se le cause ese perjuicio al que quería ser justo y por ilusión creía serlo mientras que en realidad podían turbarlo esas insignificancias. Por tanto, si Dios está en su derecho, realmente el hombre no tiene que turbarse, sino que debe sentir más alegría por el hecho de que eso le llegue que por su propia vida, que sin embargo es algo de lo que todo hombre se alegra y que considera más valioso que el mundo entero, porque ¿de qué le serviría todo este mundo, si él no existiese?

*

Y la tercera cosa que es posible saber y hay que saber es que, según la verdad natural, Dios es la fuente única y el manantial

único de todo bien, de la verdad esencial y del consuelo, mientras que todo lo que no es Dios no es en sí mismo más que natural amargura, desconsuelo y sufrimiento y nada añade a la bondad, que es de Dios y que es Dios, sino que menoscaba, tapa y oculta la dulzura, el deleite y el consuelo que da Dios.

Y digo además que todo sufrimiento proviene del amor por aquello de lo que nos ha privado el perjuicio. Si lo que me hace sufrir es un perjuicio por cosas exteriores, eso es un signo inequívoco de que de verdad me gustan las cosas exteriores y de que de verdad me gusta el sufrimiento y el desconsuelo. ¿Y qué tiene entonces de extraño que sufra, si me gustan el sufrimiento y el desconsuelo y los busco? Lo que hacen mi corazón y mi amor es atribuir a la criatura la bondad que es propiedad de Dios; me giro hacia la criatura, de donde viene de modo natural el desconsuelo, y aparto la mirada de Dios, de donde surge todo el consuelo.

¿Qué tiene entonces de extraño que sufra y esté triste? En realidad, a Dios y al mundo entero les resulta del todo imposible hacer que el hombre encuentre el consuelo verdadero cuando busca consuelo en las criaturas. Pero, si lo que uno ama en la criatura es sólo Dios y ama a la criatura sólo en Dios, por todas partes encontrará consuelo verdadero, justo y equitativo. Con esto termina la primera parte de este libro.

* * *

Parte 2

Ahora, en la segunda parte, siguen unas treinta consideraciones que, cada una por sí sola, puede bastar para consolar adecuadamente de su sufrimiento a un hombre sensato.

La primera dice que no hay ningún infortunio ni daño que no traigan consigo fortuna, y que ningún daño es daño total. Por eso dice San Pablo que la fidelidad y la bondad de Dios no permiten que ninguna prueba ni aflicción se hagan insoportables. Dios procura y da siempre algo de consuelo con el que podamos apañarnos, porque, como dicen los santos y también los maestros paganos, ni Dios ni la naturaleza permiten que un mal y un sufrimiento puedan ser absolutos.

Pongo el ejemplo de un hombre que tiene cien marcos; pierde cuarenta y le quedan sesenta. Si piensa constantemente en los cuarenta perdidos, estará desconsolado y afligido. ¿Cómo va a consolarse y a librarse del sufrimiento el que mira el daño y el sufrimiento, que sume el sufrimiento dentro de sí y se sume él en el sufrimiento, lo mira y lo vuelve a mirar, y habla con lo perdido y lo perdido le habla, y se miran el uno al otro fijamente? Y si, en cambio, se volviese hacia los sesenta marcos que le quedan y diese la espalda a los cuarenta que ya están perdidos y sumiese su pensamiento en los sesenta y los mirase fijamente y hablase con ellos, no hay duda de que recibiría consuelo. Todo lo que es existente y es bien puede dar consuelo; pero todo lo que ya no existe y no es un bien, lo que no es mío y lo he perdido, por fuerza tiene que causar desconsuelo, sufrimiento y aflicción. Por eso dice Salomón: «En los días de dolor no olvides los días felices»; es decir: cuando te encuentres en

medio del sufrimiento y de la desgracia, acuérdate del bien y de la dicha que todavía tienes y conservas. Y para ese hombre también será consuelo pensar que miles y miles de personas se tendrían por grandes señores y señoras, se considerarían riquísimos y tendrían el corazón lleno de alegría si tuviesen los sesenta marcos que tú sigues teniendo.

*

Hay otro motivo que debe consolar al hombre. Si alguien está enfermo y sufre grandes dolores en el cuerpo, pero tiene su casa y lo que necesita en lo referente a comer y beber, asistencia médica, servicio doméstico y compasión y apoyo de los amigos, ¿qué actitud debe tener? ¿Cómo se las arreglan los pobres que sufren eso mismo, o enfermedades aún peores sin tener quien les dé un vaso de agua fresca? Para recibir un trozo de pan seco, tienen que ir de casa en casa, bajo la lluvia o la nieve, con frío. De modo que, si quieres consuelo, olvídate de los que están

mejor que tú, y piensa en los que están peor.

Y digo además: todo sufrimiento viene del amor y del apego. Por tanto, si sufro por cosas efímeras, es que yo sigo —y mi corazón— sintiendo amor y apego por las cosas efímeras y no amo a Dios de todo corazón, que todavía no amo aquello que Dios quiere que ame juntamente con Él. ¿Qué tiene entonces de extraño que Dios me deje padecer con toda justicia perjuicios y sufrimiento?

Dice San Agustín «Señor, yo no quería perderte, pero en mi avidez quería poseer las criaturas al mismo tiempo que poseerte a ti; y por eso te perdí, pues te resistes a que, junto a ti, que eres la Verdad, poseamos al mismo tiempo la falsedad y el engaño de las criaturas». Dice en otro lugar que es demasiado ávido aquel a quien Dios no basta. Y dice igualmente en otro sitio: «¿Cómo iba a contentarse con los dones de Dios que hay en las criaturas, si el mismo Dios no le basta?». Para el hombre bueno, todo aquello que es ajeno a Dios, distinto de Dios y que

no es únicamente Dios, no debe resultarle un consuelo, sino una pena. Tiene que decir sin cesar: ¡Señor Dios, consuelo mío! Si de Ti me apartas para remitirme a algo distinto de Ti, dame otro «Tú» para que vaya yo de Ti a Ti, pues nada quiero fuera de Ti. Cuando Nuestro Señor prometió a Moisés todos los bienes y lo mandó a Tierra Santa, que significa el reino de los cielos, Moisés dijo: «No me mandes, Señor, a ningún lado, a menos que quieras venir también Tú».

Toda inclinación, deleite y amor vienen de aquello que se nos parece, pues todas las cosas sienten inclinación y amor por lo que es semejante a ellas. El hombre puro ama la pureza, el justo ama la justicia y tiende a ella, la boca del hombre habla de lo que hay en él; como dice Nuestro Señor, «de lo que rebosa el corazón habla la boca», y dice Salomón: «Toda la pena del hombre reside en su boca»; por eso, si el corazón de un hombre encuentra gratificación y consuelo en el exterior, eso es signo claro de que ese cora-

zón no está habitado por Dios, sino por la criatura.

Por eso un hombre bueno debería sentir vergüenza ante Dios y ante sí mismo si se diese cuenta de que no es Dios quien está presente en él, ni quien opera por medio de sus acciones, sino que lo único que vive en él, lo que determina su inclinación y realiza en él sus acciones, es la miserable criatura. Por eso dice y se lamenta el rey David en el Salterio: «¡Las lágrimas eran mi pan, de día y de noche, mientras me decían todo el día: ¿Y dónde está tu Dios?». Porque sentir inclinación por las cosas exteriores, hallar consuelo en el desconsuelo y fácilmente hablar de él con gusto y sin medida, es signo claro de que Dios no se hace visible en mí, no ha despertado en mí y no opera en mí. Y el hombre bueno también debería sentir vergüenza ante la gente de bien porque se dan cuenta de que le sucede eso. Un hombre bueno no debe quejarse nunca de un perjuicio ni de un sufrimiento, sólo quejarse de

haberse quejado y de haber encontrado queja y sufrimiento dentro de sí mismo.

*

Dicen los maestros que debajo mismo del cielo hay un fuego muy extenso y de ardor muy fuerte, y que sin embargo al cielo no lo toca en nada. Pues bien, hay un escrito que dice que la parte más baja del alma es más noble que la parte más alta del cielo. ¿Cómo puede entonces un hombre pretender que es un hombre celestial y que tiene el corazón en el cielo, si naderías como esas todavía lo afligen y entristecen?

*

Voy a hablar ahora de otra cosa. No puede ser bueno el hombre que no quiere lo que Dios quiere en un caso concreto, pues es imposible que Dios quiera algo distinto del bien, y, precisamente por el hecho de que Dios lo quiere, necesariamente tiene que ser bueno y también lo mejor. Y por eso

Nuestro Señor enseñó a los apóstoles a pedir —y a nosotros a través de ellos, por eso lo pedimos cada día— que se haga la voluntad de Dios. Y luego, cuando se hace la voluntad de Dios, nos quejamos.

Séneca, un maestro pagano, pregunta: ¿Qué consuelo es mejor en el sufrimiento y la aflicción? Y responde: el que el hombre acepte todas las cosas como si las hubiese deseado y pedido. Pues, de haber sabido que todas suceden por voluntad de Dios, con ella y en ella, las habrías deseado. Dice un maestro pagano: Soberano, Padre supremo y Señor de los cielos superiores, estoy a tu disposición para todo cuanto quieras; dame la voluntad de querer conforme a tu voluntad.

Un hombre bueno debe confiar en Dios, creer en él, estar seguro de él y saber que Dios es tan bueno, que a Dios, a su bondad y su amor les resulta imposible permitir que el hombre pase algún sufrimiento o pena sin que sirva para evitarle otro mayor, o darle mayor consuelo en la tierra, o para que saque

de ello un bien mayor en el que brille más total y plenamente la gloria de Dios. Sea como fuere, por el simple hecho de que es lo que quiere Dios, es preciso que la voluntad del hombre, hasta tal punto sea una sola con la de Dios y esté tan unida con la voluntad de Dios, que quiera lo que Dios quiere aunque sea un perjuicio para el hombre, o incluso su condenación. Por eso deseaba San Pablo ser separado de Dios a causa de Dios, conforme a la voluntad de Dios y para gloria de Dios. Pues un hombre verdaderamente perfecto tiene que estar tan habituado a morir a sí mismo, a desidentificarse de sí mismo y a identificarse con la voluntad de Dios, que toda su mayor dicha sea no saber nada de sí mismo ni de cosa alguna, y que lo único que conozca sea a Dios. Que no conozca otra voluntad que la voluntad de Dios, y que quiera conocer a Dios como Dios me conoce a mí, como dice San Pablo. Todo lo que Dios conoce, ama y quiere, lo conoce, ama y quiere en Sí mismo y en su propia voluntad.

Nuestro Señor mismo dice: «Eso es la vida eterna, conocer sólo a Dios».

Por eso dicen los maestros que, en el reino de los cielos, los bienaventurados conocen las criaturas despojadas de toda imagen de criatura, y que las conocen en la imagen única, que es Dios, en la cual Dios se conoce, se ama y se quiere a Sí mismo y a todas las cosas. Y eso es algo que Dios mismo nos enseña a pedir y a desear, cuando decimos: «Padre nuestro, santificado sea tu nombre», es decir (pedimos y deseamos) conocerte a ti solo, «venga a nosotros tu reino», no tener nada de lo que me parezca rico fuera de ti, que eres el Rico[1]. Por eso dice el Evangelio: «Bienaventurados los pobres en espíritu», o sea pobres en voluntad, y por eso le pedimos a Dios que «su» voluntad se haga «en la tierra», o sea en nosotros, «como en el cielo», o sea en Dios

1. Eckhart juega con los dos sentidos de la palabra *Rîche*, que significa «reino» y «rico».

mismo. Un hombre así está tan unido a la voluntad de Dios que quiere lo que Dios quiere y del modo en que Dios lo quiere. Y como en cierto modo Dios quiere que yo haya cometido pecados, yo no querré no haberlos cometido, pues es así como se hace la voluntad de Dios «en la tierra», o sea mediante la falta, «como en el cielo», o sea mediante el recto obrar. Así el hombre quiere estar privado de Dios por causa de Dios, estar apartado de Dios por causa de Dios, y ese es el único arrepentimiento verdadero de mis pecados. Así, lamento mi pecado sin sufrir por él, igual que Dios lamenta todo el mal sin sufrir por él. Sufro, y mucho, por causa del pecado (pues no querría pecar ni por ninguna cosa creada, ni por ninguna que pueda ser creada, aunque hubiese mil universos en la eternidad), pero sufro sin sufrir; los sufrimientos los tomo en y por la voluntad de Dios. Y sólo este sufrimiento es un sufrimiento perfecto, pues surge y nos viene del amor puro, de la voluntad y el gozo más

puro de Dios. Y así resulta ser verdad —y podemos darnos cuenta de ello— lo que decía antes, a saber, que el hombre bueno, en la medida en que es bueno, penetra en todo el ser propio de la mismísima Bondad, Bondad que Dios es en Sí mismo.

Fíjate qué maravillosa y deliciosa vida tiene ese hombre en Dios mismo «en la tierra», «como en el cielo». El desasosiego le trae el sosiego y el sinsabor le es agradable, y fíjate que hay ahí otro consuelo específico, porque, si tengo la gracia y la bondad de que acabo de hablar, siento consuelo y alegría de manera estable y total, en toda circunstancia y en todo momento; y si no las tengo, permanezco privado de ellas por Dios y de acuerdo con la voluntad de Dios. Si Dios quiere darme lo que deseo, tomo posesión de ello y siento la plenitud; y si Dios no me lo quiere dar, lo recibo por privación en ese modo de voluntad de Dios, precisamente el no querer, y así lo recibo sintiendo que estoy privado de ello y que no lo recibo.

¿Qué es entonces lo que me falta? Y es que realmente, en el sentido más verdadero, a Dios se lo posee más por privación que por posesión. Porque, en efecto, cuando el hombre recibe una cosa, ésta tiene en sí lo que le da gozo y consuelo; pero si el hombre no recibe, entonces no posee, ni encuentra, ni sabe nada que pueda regocijarlo, excepto Dios y la voluntad de Dios.

*

Existe otro consuelo. Si el hombre ha perdido algún bien exterior, o a un amigo suyo, o a un pariente, o el ojo, la mano o lo que sea, tiene que estar convencido de esto: si lo soporta con paciencia, tiene en Dios, como mínimo, lo máximo que él no hubiese aceptado a cambio de sufrir esa pérdida[2]. Un

2. El sentido de esto es que, al aceptar el sufrimiento pacientemente, y sin nada a cambio, recibe en Dios lo que él hubiese dado por no perderlo, aquello a lo que estaba dispuesto a renunciar por conservar lo que ahora ha perdido; es decir, cuanto mayor valor diese a lo perdido, mayor premio recibe el hombre en Dios por su paciencia al perderlo.

hombre pierde un ojo: ni por mil marcos, ni por seis mil ni por los que fuera hubiera aceptado verse privado de él; pues bien, [si lo acepta pacientemente,] con certeza ha recibido de Dios y en Dios todo lo que él habría dado por no sufrir aquel perjuicio o aquel sufrimiento. Sin duda se refería a eso nuestro Señor cuando decía: «Más te vale entrar en la vida eterna con un solo ojo que perderte teniendo los dos». Y también se refería a ello Dios cuando dijo: «Todo aquel que deja a su padre y a su madre, a su hermano y a su hermana, su casa o su campo, o lo que sea, recibirá cien veces más y la vida eterna». Me atrevo a decir con certeza, en la verdad divina y por mi salvación, que el que deja a su padre y a su madre, a su hermano y a su hermana o lo que sea, recibe el céntuplo de dos maneras: la primera es que a su padre y a su madre, a su hermano y a su hermana, los amará cien veces más que ahora. La otra es que amará, no sólo a cien personas, sino a todas por el hecho de que son

seres humanos, y las amará incomparablemente más de lo que ama a los que ahora son por naturaleza su padre, o su madre, o su hermano. Si el hombre no se da cuenta de ello es porque no ha dejado completamente ni a su padre ni a su madre ni a su hermano ni a su hermana ni a las cosas todas solamente por Dios y por la Bondad. ¿Cómo va a haber dejado por Dios a padre, madre, hermana y hermano aquel que en la tierra todavía se los encuentra en su corazón[3], que se sigue afligiendo y sigue considerando y mirando lo que no es Dios? ¿Cómo va a haber dejado todas las cosas por Dios aquel que se sigue fijando en este bien o en aquel bien y lo sigue considerando? Dice San Agustín: «Retira este bien y aquel y queda-

3. Eckhart explica que hay que suprimir del corazón la «imagen» de uno mismo y de toda cosa creada, para que sólo quede la imagen de Dios, de forma que sea esta imagen lo que llene su corazón, y por tanto su mente, su memoria, su imaginación; entonces no deja de ver o amar las cosas, sino que las ve y las ama *en Dios* y *por Dios*.

rá la pura Bondad, planeando en sí misma en su sola amplitud: eso es Dios». Porque, como decía antes, ninguna cosa ni ningún bien añaden nada en absoluto a la Bondad, sino al contrario, ocultan y tapan la Bondad en nosotros. Eso lo reconoce y lo comprueba el que lo ve y lo contempla en la Verdad, pues eso es verdad en la Verdad, y por eso es en ella donde hay que buscarlo, y en ningún otro lugar.

De todos modos, hay que saber que la posesión de la virtud y la voluntad de sufrir tienen cierta gradación, igual que en la naturaleza vemos que un hombre es más alto o más hermoso que otro en cuanto a apariencia, a su exterior, a su saber o a sus capacidades. Y digo, entonces, que también un hombre bueno puede ser realmente un hombre bueno y sin embargo verse —en mayor o menor medida— afectado y tocado por el amor natural por el padre, por la madre, por la hermana o el hermano, sin por ello distanciarse de Dios ni de la Bondad. Pero ese

hombre será bueno y mejor si, en la medida en que esté en mayor o menor medida consolado y tocado por el amor natural y la inclinación por su padre y su madre, por su hermana y por su hermano, y por sí mismo, es consciente de ello y en la medida en que lo sea.

Pero eso no quita que, como decía antes, si un hombre fuese capaz de aceptarlo *en* la voluntad de Dios —teniendo en cuenta que es voluntad de Dios que la naturaleza humana tenga esa privación, especialmente a causa de la justicia de Dios como consecuencia del pecado del primer hombre—, o bien, suponiendo que fuese otro su caso, si por otra parte estuviese dispuesto a soportar esa privación en la voluntad de Dios, tendría una actitud absolutamente correcta y sería con certeza consolado en su sufrimiento. A eso alude San Juan cuando dice que «la luz verdadera resplandece en las tinieblas», y dice San Pablo que «la virtud se realiza en la flaqueza». Si el ladrón pudiese recibir la muerte de manera verdadera, totalmente y con

pureza, con gusto y alegría, por amor a la justicia divina, en la cual y por la cual Dios quiere en su justicia que el malhechor sea ejecutado, con toda certeza sería salvado y bienaventurado.

*

He aquí otro consuelo. No cabe duda de que no encontraríamos a nadie que, sintiendo gran cariño por una persona y complaciéndose grandemente en verla en vida, no quisiera privarse de un ojo o tenerlo ciego por un año, sabiendo que luego recobraría la visión y con ello libraría a su amigo de la muerte. Por tanto, si un hombre quiere privarse del ojo por un año para así salvar la vida de alguien que a fin de cuentas morirá igualmente al cabo de pocos años, con mayor razón y mayor disposición debería entonces ejercer la privación durante los diez, veinte o treinta años que acaso le queden de vida, para con ello lograr la bienaventuranza eterna y contemplar eterna-

mente a Dios en Su divina luz y contemplarse en Dios a sí mismo y a todas las criaturas.

*

Otro consuelo más. En la medida en que es bueno, nacido de la Bondad solamente e imagen de la Bondad, al hombre bueno todo lo creado, esto o aquello, le resulta insoportable y es para él amargo sufrimiento y perjuicio. Así pues, perderlo será dejar y perder el sufrimiento, el infortunio y el perjuicio; y en verdad, perder el sufrimiento es un auténtico consuelo. Por eso no debe quejarse el hombre de ningún perjuicio. Más bien debería deplorar que el consuelo sea algo que le resulte ajeno, que el consuelo no pueda consolarlo, igual que el vino dulce le parece insípido al enfermo. Tiene que lamentar, como decía antes, que no se haya deshecho totalmente de la imagen de las criaturas y entrado con todo su ser en la imagen de la Bondad.

*

Y el hombre, en su sufrimiento, tiene que pensar también que Dios dice la verdad y hace promesas en nombre de sí mismo, que es la Verdad. Si Dios faltase a su palabra, a su verdad, faltaría a su divinidad y no sería Dios y no sería Su Palabra, Su Verdad. Pues bien, Su Palabra nos dice que nuestro sufrimiento se trocará en gozo. Si yo tuviese verdaderamente la certeza de que todas mis piedras se iban a convertir en oro, cuantas más piedras tuviese, y cuanto más grandes fuesen, más contento estaría, e incluso pediría piedras y, de serme posible, las adquiriría, bien grandes y en gran cantidad; y cuantas más tuviese y más grandes fuesen, más me gustaría tenerlas. Y de este modo el hombre tendría un gran consuelo en medio de sus sufrimientos.

*

Y otro consuelo del mismo tipo: ningún recipiente puede contener dos tipos de bebidas a la vez: si tiene que contener vino, hay

que echar forzosamente el agua. El recipiente tiene que estar limpio y vacío de todo. Y por eso, si quieres recibir en ti el gozo divino y a Dios, necesariamente tienes que echar las criaturas y apartarlas. Dice San Agustín: «Vacía para ser llenado, aprende a no amar para así aprender a amar, aparta la mirada para poder dirigirla». En una palabra: todo aquello que tiene que acoger y ser receptivo es necesario que esté vacío. Dicen los maestros: Si el ojo tuviese en sí un color cualquiera cuando percibe, no percibiría ni el color que hubiese en él ni el que no tuviese; pero, como no hay en él ningún color, reconoce todos los colores. La pared tiene un color, por eso no conoce ni su color ni ningún otro, y no le causa deleite ningún color sea cual sea, ni el del oro o el lapislázuli, ni el del carbón. El ojo, por su parte, no tiene en sí ningún color, y en cambio sí lo tiene en el sentido más verdadero, pues los conoce con placer, deleite y gozo. Por eso cuanto más perfectas y puras son las potencias del

alma, más perfecta y abundantemente reciben lo que acogen; y cuanto más reciben, mayor es su gozo y más son una sola cosa con lo que reciben, de modo que la parte superior del alma, despojada de toda cosa y sin nada en común con nada (sea lo que sea), acoge nada menos que a Dios mismo en la amplitud y la plenitud de Su ser. Y señalan los maestros que no hay placer ni deleite comparables a esa unión, esa interpenetración y ese gozo. Por eso en el Evangelio dice Nuestro Señor eso tan admirable de «Bienaventurados los pobres en espíritu». «Pobre» lo es el que no posee nada, y «pobre en espíritu» quiere decir que, así como el ojo es «pobre» porque no posee ningún color y es receptivo a cualquier color, así aquel que es pobre en espíritu es receptivo a todo espíritu. Pues bien, el Espíritu de todo espíritu es Dios. El amor, el gozo y la paz son fruto del Espíritu. Estar desnudo y pobre, no tener nada, estar vacío, eso transforma la naturaleza. El vacío hace

que el agua remonte la corriente monte arriba y obra muchas otras maravillas de las que no hablaremos ahora.

Así pues, si quieres tener y encontrar pleno gozo y pleno consuelo en Dios, procura despojarte de todas las criaturas, de todo consuelo que tenga que ver con las criaturas, pues puedes tener la certeza de que, mientras te consuele o pueda consolarte la criatura, nunca encontrarás consuelo verdadero. Pero si no puede consolarte nada que no sea Dios, en verdad entonces te consolará Dios y, al mismo tiempo, te consolará con Él y en Él todo lo que es gozo. Si te consuela lo que no es Dios, no tendrás consuelo ni aquí ni en ninguna parte; en cambio, si no te consuela la criatura ni encuentras gusto en ella, encontrarás consuelo en todas partes.

Si el hombre tuviese la posibilidad y la capacidad de vaciar por completo un recipiente y de mantenerlo vacío de todo aquello que pudiese llenarlo, incluso de aire, no cabe duda de que el recipiente renegaría de

su naturaleza y la olvidaría, y el vacío lo elevaría hasta el cielo. Pues del mismo modo el estar desnudo, pobre y vacío de todas las criaturas eleva el alma hacia Dios. Y también la semejanza y el ardor atraen hacia lo alto. En la Divinidad, se atribuye la igualdad al Hijo, y el calor y el amor, al Espíritu Santo. La igualdad —en todas las cosas, pero ante todo y sobre todo en la naturaleza divina— es el nacimiento de lo Uno, y la igualdad de lo Uno en lo Uno y con lo Uno es comienzo y origen del amor pleno y ardiente. Lo Uno es el Principio sin principio. La igualdad es el principio de lo Uno solo, y su ser y su principio lo recibe de lo Uno y en lo Uno. Por su propia naturaleza, el amor fluye y nace de dos que son uno solo. De lo Uno en su condición de uno no brota amor; y de lo Dos, en su condición de dos, tampoco brota el amor. Pero de lo Dos, en su condición de Uno, sí brota necesariamente el amor concorde con su naturaleza apremiante y ardiente.

Dice Salomón que todas las aguas, o sea todas las criaturas, refluyen y remontan hacia su origen. Por eso es verdad necesariamente lo que acabo de decir: la semejanza y el amor ardiente atraen hacia lo alto, conducen y llevan el alma hasta el primer origen de lo Uno, que es «Padre de todos» «en el cielo y en la tierra». Digo, pues, que la semejanza nacida de lo Uno atrae al alma hacia Dios (es decir, hacia Dios en tanto en cuanto es lo Uno en Su unión oculta, pues eso es lo que significa «lo Uno»). De eso tenemos un símbolo visible: cuando el fuego material prende en la leña, una chispa recibe la naturaleza del fuego y se vuelve semejante en su pureza al fuego que está inmediatamente por debajo del cielo. De inmediato la chispa olvida y abandona a su padre y a su madre, a su hermana y a su hermano de la tierra, y sube deprisa hacia su padre celestial. El padre de la chispa en este mundo es el fuego, su madre es la leña, y sus hermanas y hermanos son las otras

chispas; la primera chispita que aparece no se queda a esperarlas, sino que sube rápidamente hacia su verdadero padre, que es el cielo, pues quien conoce la verdad sabe realmente que el fuego, en su condición de fuego, no es el verdadero y auténtico padre de la chispa. El verdadero y auténtico padre de la chispa y de todo lo que tiene la naturaleza del fuego es el cielo. Y además hay que prestar también mucha atención al hecho de que esta chispita no sólo abandona y olvida a su padre, su madre, su hermana y su hermano de la tierra, sino que sobre todo se abandona a sí misma y renuncia a sí misma, urgida por el amor a ir hacia su verdadero padre, que es el cielo; porque necesariamente tiene que enfriarse en la frialdad del aire, y pese a ello, quiere manifestar su natural amor por su verdadero padre celestial.

Antes, hablando del vacío o de la desnudez, decíamos que cuanto más pura, desnuda y pobre está el alma, menos criaturas

posee y más vacía está de todas las cosas que no son Dios, más capta a Dios y más es captada por Dios, más es una con Dios y contempla a Dios y Dios la contempla cara a cara, como transfigurada en otra imagen, como dice San Pablo. Y lo mismo digo de la semejanza y la inflamación del amor, porque, en la medida en que una cosa se hace semejante a otra, en la misma medida se lanza y apresura hacia ella, y más la llena de dicha y felicidad esa carrera; y en la misma medida en que se aleja de sí misma y se aparta de todo cuanto no es aquello que persigue, en la misma medida se hace más desemejante a sí misma y a todo cuanto no es lo que persigue. Y, como la semejanza fluye del uno y atrae y seduce por el poder y en el poder de lo Uno, por eso ni el que atrae ni el que es atraído tienen reposo ni satisfacción mientras no estén unidos en lo Uno. Por eso dice el Señor, hablando por boca de Isaías: ninguna gran semejanza ni ninguna paz de amor me bastan hasta que

Yo me revele en mi Hijo y me inflame y arda en el amor del Espíritu Santo. Y Nuestro Señor rogó a su Padre que con él y en él fuésemos uno, y no simplemente que nos reuniésemos. De estas palabras y esta verdad tenemos en el exterior, en la naturaleza, una imagen visible y un testimonio. El fuego, cuando actúa, inflama la leña y la hace arder; el fuego sutiliza esa madera desemejante a él y le quita la bastedad, la frialdad, el peso y la humedad, y la vuelve cada vez más semejante a él; y sin embargo, no hay calor, ni inflamación, ni semejanza que den reposo, ni sosiego, ni apaciguamiento al fuego ni a la madera mientras el fuego no pueda engendrarse a sí mismo en el leño y le transmita su propia naturaleza y su propio ser de modo que sean los dos un solo fuego, tan propio de uno como del otro, sin diferencia de más ni de menos. Así pues, mientras no se llega a eso, siempre hay una humareda, una pugna, un crepitar, un esfuerzo y un combate entre el fuego y la

madera. Pero una vez arrancada y eliminada la desemejanza, se calma el fuego y calla la madera. Y digo además, de conformidad con la verdad, que la fuerza oculta de la naturaleza odia secretamente la semejanza en la medida en que ésta implica [todavía un grado de] diferenciación y división, y lo que busca en ella es lo Uno: solamente eso busca ella en la semejanza, y sólo lo busca por amor a lo Uno, igual que lo único que la boca busca en el vino y le gusta de él es el sabor o la dulzura. Si el sabor del vino lo tuviese el agua, la boca ya no preferiría el vino al agua.

Por eso he dicho que el alma odia la semejanza en la semejanza, porque si le gusta la semejanza no es en ella y por ella, sino precisamente a causa de lo Uno que hay oculto en ella, verdadero «Padre», principio sin comienzo, «de todos», en el cielo y en la tierra. Por eso digo: mientras subsista todavía y se vea la semejanza entre el fuego y la madera, no habrá verdadero gozo, ni silen-

cio, ni reposo ni satisfacción[4]. Por eso dicen los maestros: en el devenir del fuego hay lucha, agitación, inquietud y tiempo, mientras que el nacimiento del fuego y el gozo no tienen tiempo ni distancia. Nadie encuentra largos ni distantes el deleite y el gozo. Todo esto que acabo de decir lo expresa Nuestro Señor con estas palabras: «Cuando la mujer da a luz, lo hace en medio del sufrimiento, el dolor y la tristeza, pero una vez nacido el niño, se olvida de angustia y sufrimiento». Y por eso nos exhorta también Dios en el Evangelio a pedir al Padre celestial que nuestro gozo se haga perfecto, y dice San Felipe: «Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta»; porque «Padre» quiere decir nacimiento, no semejanza, y se refiere a lo Uno; en lo Uno la

4. El sentido es que el regocijo no es el gozo, ni el acallamiento es el silencio, ni el aquietamiento es el reposo, y así sucesivamente, sino que son todavía terminos relativos, en el plano de la oposición y la alternancia; los términos dados en segundo lugar pertenecen más propiamente al plano de la unidad y la absolutidad.

semejanza guarda silencio, y todo cuanto tiene deseo de ser encuentra la paz en lo Uno.

Así pues, el hombre puede ver claramente por qué y de dónde le viene el que esté desconsolado en todo sufrimiento, infortunio y perjuicio por él padecidos. Eso sólo le viene, siempre y únicamente, del estar lejos de Dios y sin liberarse de la criatura, de ser desemejante a Dios y frío en el amor divino.

*

Pero hay otra cosa: si alguno la ve y se da cuenta, estará consolado precisamente en el perjuicio y el sufrimiento exteriores. Un hombre va por un camino, o hace una cosa, o bien omite hacer otra, y en estas le ocurre un percance, se rompe la pierna o el brazo, pierde el ojo o se pone enfermo. Si entonces no para de pensar «si hubieses tomado por otro camino —o hecho otra cosa—, no te habría ocurrido esto», estará siempre sumido en el desconsuelo y necesariamente abrumado por la tristeza. De modo que lo que

debería pensar es «si hubieses tomado otro camino —o hubieses hecho u omitido hacer otra cosa—, quizás hubieras sufrido un daño y un sufrimiento mucho mayores», y de este modo se sentiría lógicamente consolado.

Y vamos a suponer ahora otro caso: has perdido mil marcos. No debes lamentar los mil marcos perdidos; debes dar gracias a Dios, que te había dado los mil marcos que podías perder y que te permite ganar la vida eterna mediante el ejercicio de la virtud de la paciencia, oportunidad que muchos miles de personas no tienen.

*

Hay otra cosa que puede consolar al hombre. Pongamos por caso una persona que durante largos años ha disfrutado de buena fama y bienestar y que ahora los pierde porque así lo dispone Dios; lo que tiene que hacer esa persona es reflexionar juiciosamente y dar gracias a Dios por lo sucedido. Sólo al darse cuenta del perjuicio y las

trabas que ahora sufre, toma consciencia del privilegio y el bienestar que tenía antes; de modo que lo que tiene que hacer es, sin amargura, dar gracias a Dios por la comodidad que tuvo durante tantos años sin darse cuenta del bienestar del que disfrutaba. Tiene que pensar que, conforme a la manera de ser de su naturaleza [terrena], el hombre por sí mismo sólo tiene malicia y flaquezas. Todo lo que tiene que es bueno y bondad, Dios se lo ha prestado, pero no dado. Pues el que conoce la Verdad sabe que Dios, el Padre celestial, todo ese bien se lo da al Hijo y al Espíritu Santo; mientras que a la criatura no le da ningún bien, sino tan sólo de prestado. El sol, al aire, le da el calor, pero la luz tan sólo se la presta, y por eso en cuanto se pone el sol, el aire pierde la luz pero le queda el calor, pues le ha sido dado en propiedad. Por eso dicen los maestros que Dios, el Padre celestial, es el Padre del Hijo, no su Señor, ni Señor del Espíritu Santo. Pero Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo— es

Señor, y Señor de las criaturas. Decimos por tanto que Dios ha sido Padre eternamente, pero que es Señor a partir del momento en que creó las criaturas.

Así pues, digo: siendo así que todo lo que el hombre tiene de bueno, consolador y temporal lo tiene de prestado, ¿con qué motivo se queja cuando se lo quiere quitar quien se lo prestó? Lo que tiene que hacer es dar gracias a Dios por habérselo prestado tanto tiempo, y agradecerle también que no le quite de golpe todo lo que le ha prestado; e incluso sería justo que Dios le quitase todo lo que le ha prestado, si el hombre se irrita de que le quite Dios una parte de aquello que nunca ha sido suyo y de lo cual él nunca ha sido dueño ni señor. Por eso dice el profeta Jeremías, y con razón, en medio de sus grandes sufrimientos y lamentaciones: «Dios ha multiplicado sus misericordias, y por eso no somos totalmente aniquilados». Si uno me hubiese prestado su vestido, su pelliza y su abrigo, y luego hubiera recupe-

rado el abrigo, dejándome para cuando hiciese frío su vestido y su pelliza, lo justo sería que se lo agradeciese mucho y que estuviese contento. Es preciso que reconozca especialmente mi gran error al irritarme y lamentarme cuando pierdo algo, porque, si pretendo que el bien que tengo me haya sido dado en propiedad y no sólo de prestado, es que pretendo que soy señor, Hijo de Dios por naturaleza y perfectamente, cuando [en realidad] todavía no he llegado a ser ni siquiera hijo de Dios por gracia, pues lo propio del Hijo de Dios y del Espíritu Santo es precisamente el comportarse de manera ecuánime en todo.

Hay que saber también que, sin que quepa duda, la virtud natural humana es tan noble y fuerte que no hay acto exterior suficientemente difícil ni grande para que pueda en él manifestarse y tomar cuerpo. Por eso hay un acto interior que ni tiempo ni espacio pueden abarcar ni contener; hay en él algo divino y semejante a Dios y que no es

abarcado ni por el tiempo ni por el espacio —está presente por igual en todo lugar y en todo momento—, y en eso este acto es también semejante a Dios, y ello por el hecho de que ninguna criatura es capaz de acoger perfectamente en sí misma ese acto ni puede reproducir en sí misma la bondad de Dios. Y por eso necesariamente hay algo más interior, más elevado, e increado, sin medida ni modo, en lo que el Padre celestial puede imprimir totalmente su imagen, infundirse y manifestarse: a saber, el Hijo y el Espíritu Santo. Y poner obstáculos al acto interior de la virtud es tan imposible como ponérselos a Dios. El acto luce y resplandece día y noche; ensalza y canta la alabanza del Señor en un cántico nuevo, como dice David: «Cantad un cántico nuevo al Señor». Pero es terrenal la alabanza y no ama a Dios el acto cuando es exterior, cuando incluye el tiempo y el espacio, cuando es estrecho, cuando se puede impedir y forzar, y el que se cansa y envejece con el tiempo y el ejercicio. En

cambio, ese otro acto [el interior] consiste en amar, en querer el bien y la Bondad, de modo que todo lo que el hombre quiere y pueda querer con voluntad pura y total en todas las buenas obras, lo ha hecho ya, con lo que también en esto se asemeja a Dios, de quien dice David: «Todo aquello que quiso, ahora ya está hecho y obrado» .

Un testimonio patente de esta doctrina nos lo da la piedra: su acto exterior es caer y permanecer sobre el suelo. Este acto puede verse impedido, y entonces la piedra no cae siempre ni de manera continuada. Pero la piedra tiene otro acto, más íntimo: es su tendencia a dirigirse hacia abajo; la tiene de forma innata, y no se la puede quitar nadie, ni Dios, ni criatura. Este acto lo lleva a cabo la piedra constantemente, noche y día; y aunque permaneciese durante mil años allá en lo alto, la tendencia a dirigirse hacia abajo no sería ni menor ni mayor que el primer día.

Lo mismo, exactamente, digo de la virtud: tiene un acto interior, una voluntad que

tiende a todo cuanto es bueno, una repugnancia que lo aleja de todo lo que es malo y dañino, desemejante de la Bondad y de Dios. Y cuanto más malo es el acto y más desemejante a Dios, mayor es la repugnancia que siente la virtud; y cuanto más grande y semejante es a Dios el acto, más fácil, dulce y alegre le resulta. Lo que le causa lamento y sufrimiento —en la medida en que pueda alcanzarla el sufrimiento— es el hecho de que este sufrir por Dios y todo acto exterior y temporal es demasiado pequeño para que allí pueda ella manifestarse totalmente, revelarse plenamente ni tomar forma. Con el ejercicio se vuelve fuerte, mediante la generosidad se hace rica; no quisiera haber dejado de sufrir y superado el sufrimiento y el acto de sufrir; quiere y quisiera sufrir en todo momento e incesantemente por Dios y por el [Sumo] Bien; toda su felicidad radica en sufrir por Dios, y no en el haber sufrido. Por eso dice Nuestro Señor eso tan atrevido: «Bienaventurados los que sufren por causa

de la justicia»; y no «que hayan sufrido». Un hombre así [bienaventurado] detesta «haber sufrido», porque «haber sufrido (en el pasado)» no es el sufrimiento que le gusta; lo único que le gusta de estar por encima del sufrimiento y haberlo dejado atrás es estar por encima del sufrimiento y haberlo dejado atrás por Dios. Por eso digo que un hombre así también detesta «tener que sufrir (en el futuro)», pues eso tampoco es «sufrir». Ahora bien, ese hombre detesta menos «tener que sufrir» que «haber sufrido», pues «haber sufrido» es más distante y diferente de «sufrir», puesto que es algo ya completamente pasado; y en cambio, si alguien va a sufrir, eso no lo priva absolutamente del sufrimiento que le gusta.

Dice San Pablo que quisiera ser apartado de Dios por causa de Dios, para mayor gloria de Dios. Hay quien dice que San Pablo afirmó esto cuando todavía no era perfecto. Yo, en cambio, pienso que estas palabras procedían de un corazón perfecto. También

hay quien dice que se refería a estar apartado de Dios sólo por un tiempo. Pero yo digo que a un hombre perfecto no le gustaría más separarse de Dios por una hora que por mil años. Sin embargo, si la voluntad de Dios y la gloria de Dios quisieran que estuviese privado de Dios, él soportaría mil años o incluso la eternidad tan fácilmente como un día o una hora.

También el acto interior es divino, semejante a Dios, y hace saborear la naturaleza divina por lo siguiente: del mismo modo que las criaturas todas, por más que hubiese mil mundos, no aumentarían ni un pelo la dignidad de Dios solo, así digo yo y he dicho antes que ese acto exterior, ni su importancia, ni su altura, ni su longitud ni su anchura, nada de eso aumenta absolutamente ni una pizca la bondad del acto interior; y es que su bondad la tiene éste dentro de sí. Por eso no puede el acto exterior ser pequeño si el acto interior es grande, ni puede ser grande o bueno si el interior es

pequeño o sin valor. El acto interior contiene en todo momento toda la altura, toda la anchura y toda la longitud. El acto interior toma su ser entero únicamente de y en el corazón de Dios; de ninguna otra parte. Toma el Hijo y es engendrado como hijo en el seno del Padre celestial. No ocurre lo mismo con el acto exterior, sino que éste recibe su bondad divina más bien por medio del acto interior, como llevada y derramada en un descenso de la Divinidad revestida de distinción, multiplicidad y diversidad; todo ello, e incluso la semejanza, dista de Dios y es ajeno a Él. Estas determinaciones se aferran, permanecen y tienen reposo en aquello que es bueno individualmente, lo que recibe la luz y que es criatura, pero que está completamente ciego a la Bondad y la Luz en sí mismas, y al Uno, en el que Dios engendra a Su Hijo unigénito, y en él a todos los que son Hijos de Dios, los que han sido engendrados hijos. Allí (en el Uno) se da la efusión y origen del Espíritu Santo; sólo por

medio de Él —puesto que es el Espíritu de Dios, y puesto que Dios mismo es espíritu— es concebido el Hijo en nuestro interior; y también es allí donde se da esa efusión [del Espíritu Santo] que fluye de todos los que son hijos de Dios, de los que han nacido más o menos exclusivamente de Dios, transformados conforme a Dios y en Dios, que se han sustraído a toda multiplicidad, que se sigue encontrando, conforme a su naturaleza, incluso en los más excelsos ángeles, e incluso —y esto hay que comprenderlo bien— que se han sustraído a la Bondad, a la Verdad y a todo aquello que, aunque tan sólo fuese en pensamiento o en denominación, le cabe un vislumbre o una sombra de distinción cualquiera. Se entregan confiadamente al Uno, que es libre de toda multiplicidad y diferenciación, y donde es Uno y son todos Uno el Padre-Hijo-Espíritu-Santo, puesto que está desprovisto y desnudo de toda diferenciación y naturaleza peculiar. Y ese Uno nos hace dichosos, y cuanto

más nos hemos alejado de ese Uno, menos somos hijos y menos somos el Hijo, menos perfectamente fluye en nosotros y de nosotros el Espíritu Santo. Eso es lo que quiere decir Nuestro Señor, Hijo de Dios en la Divinidad, cuando dice: «En aquel que beba del agua que yo le dé, brotará un manantial que manará hasta la vida eterna», y dice San Juan que Nuestro Señor se refería aquí al Espíritu Santo.

El Hijo en la Divinidad, en conformidad con su naturaleza peculiar, no da otra cosa que el ser hijo, el haber nacido de Dios, fuente, origen y efusión del Espíritu Santo, o sea del amor de Dios, y el sabor pleno, verdadero y total del Uno, o sea del Padre celestial. Por eso baja del cielo la voz del Padre y habla al Hijo: «Tu eres mi Hijo amado, en quien me aman y se complacen», pues sin duda alguna nadie excepto el Hijo ama a Dios suficientemente y con pureza. Porque el amor —el Espíritu Santo— brota y fluye del Hijo, y el Hijo ama al Padre por él

y en él, y se ama a sí mismo en el Padre. Por eso dice, con razón, Nuestro Señor: «Bienaventurados los pobres en espíritu», es decir, los que no tienen nada de espíritu propio ni del espíritu humano y acuden despojados a Dios. Y dice San Pablo: «Dios nos lo ha revelado en su Espíritu».

Dice San Agustín que quien mejor comprende las Escrituras es aquel que, desnudo de todo espíritu, busca el sentido y la verdad de las Escrituras mismas, es decir, el espíritu en el que fueron escritas o pronunciadas: el espíritu de Dios. Dice San Pedro que todos los santos han hablado en el espíritu de Dios. Y dice San Pablo: «Nadie puede conocer ni saber lo que hay en el hombre sino el espíritu que hay en el hombre, y nadie puede saber lo que es el Espíritu de Dios y en Dios sino el Espíritu que es de Dios y que es Dios». Y por eso dice con gran razón un texto —o mejor dicho una glosa—, que nadie puede comprender ni enseñar los escritos de San Pablo a menos que tenga el

Espíritu mismo en el que hablaba y escribía San Pablo. Siempre lamento que personas de mente tosca que no están dotadas del Espíritu y que son totalmente insensibles al Espíritu quieran juzgar según su tosco entendimiento humano lo que oyen o leen de la Escritura dictada y escrita por el Espíritu Santo sin tener en cuenta que está escrito: «Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios». Y también es válido en general y en el ámbito natural: lo que es imposible en los grados inferiores de la naturaleza es habitual y natural en los grados superiores.

A esto, añadid lo anteriormente dicho de que un hombre bueno, como hijo de Dios, nacido en Dios, ama a Dios por Él mismo y en Él mismo, y también muchas otras palabras que antes he pronunciado. Para entenderlo mejor, hay que saber que, tal como he repetido también a menudo, un hombre bueno, nacido de la Bondad y en Dios, penetra en todo lo que es peculiar de la

naturaleza divina. Pues bien, en palabras de Salomón, una peculiaridad divina es el que Dios lo hace todo con vistas a Sí mismo, es decir, que no tiene en consideración ningún «porqué» fuera de Sí mismo, sino tan sólo por amor de Sí mismo; ama y opera todas las cosas con vistas a Sí mismo. Así pues, si el hombre ama a Dios mismo y todas las cosas, y todos sus actos los cumple no con vistas a la recompensa, ni al honor, ni al bienestar, sino únicamente con vistas a Dios y a la gloria de Dios, eso es signo de que es hijo de Dios.

Más todavía: Dios ama con vistas a Sí mismo y lo cumple todo con vistas a Sí mismo, lo cual quiere decir que ama por amor y obra por operación; porque sin duda alguna nunca hubiera engendrado Dios a Su Hijo unigénito en la eternidad si el haber engendrado no fuese idéntico al engendrar. Por eso dicen los santos que hasta tal punto es engendrado en la eternidad el Hijo, que sigue siendo engendrado incesantemente. Y

si ser creado no fuese lo mismo que el crear, tampoco hubiera creado Dios el mundo. Por eso Dios creó el mundo de tal modo que lo sigue creando sin cesar. Todo lo que sea pasado o futuro es ajeno a Dios y dista de Él. Por eso el que como hijo de Dios ha nacido en Dios ama a Dios con vistas a Dios, es decir, ama a Dios con vistas al amor divino y cumple todos sus actos con vistas al obrar. Dios nunca se cansa de amar y obrar, y todo lo que Él ama es para Él un solo amor. Es verdad, por consiguiente, que Dios es el Amor. Y por eso antes he dicho que el hombre bueno quiere y querría el sufrir siempre a causa de Dios, y no el haber sufrido; lo que ama lo tiene cuando sufre. Ama poder sufrir con vistas a Dios y por causa de Dios. Por ello y en ello es hijo de Dios, formado a imagen de Dios y en Dios, el Cual ama con vistas a Sí mismo, es decir, ama con vistas al Amor, obra con vistas a la operación, y por eso ama y actúa Dios incesantemente. Y el acto de Dios es su naturaleza, su

ser, su vida y su beatitud. Y en verdad ocurre completamente lo mismo con el Hijo de Dios, para un hombre bueno en tanto en cuanto es hijo de Dios: sufrir con vistas a Dios y obrar con vistas a Dios es su ser, su vida, su acto y su beatitud, porque dice Nuestro Señor: «Bienaventurados los que sufren por la justicia».

Y además digo por tercera vez que un hombre bueno, en la medida en que es bueno, tiene lo que pertenece a Dios en propiedad [la calidad divina], pero no sólo porque todo lo que ama o cumple lo ama o cumple por Dios, a Quien ama y para Quien opera, sino que el que así ama y obra lo hace también por sí mismo, que ama, porque lo que él ama es Dios Padre no engendrado, y el que ama es el Hijo de Dios engendrado. Ahora bien, el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre; el Padre y el Hijo son uno. Respecto a esta cuestión, o sea respecto a cómo lo más interior y elevado del alma consigue obtener y recibir al Hijo de Dios

[es decir, obtener y recibir la filiación divina] y cómo se convierte en hijo de Dios en el seno y el corazón del Padre celestial, eso hay que buscarlo luego en otro tratado [*Del hombre noble*], donde hablo sobre «el hombre noble que marchó a una tierra lejana para allí recibir un reino y regresar».

Además hay que saber que, en la naturaleza, la impresión e influjo que ejerce la naturaleza superior y suprema resulta a todo ser más deliciosa y placentera que su propia naturaleza y su propia esencia. El agua, conforme a su propia naturaleza, corre hacia abajo, camino del valle, y esa es su manera de ser. Pero, debido a la impresión e influjo de la luna que está en el cielo, niega y olvida la naturaleza que le es propia y refluye hacia lo alto, y ese fluir le resulta más fácil que el descenso. Así puede ver el hombre que, si fuese como debiera ser, le causaría más deleite y gozo abandonar su voluntad natural y renunciar a ella, desasiéndose por completo de sí mismo en todo aquello que Dios

quiere que el hombre sufra. Y a eso es a lo que se refería verdaderamente Nuestro Señor cuando dijo: «Si alguno quiere venir a mí, debe desasirse de sí mismo —negarse— y alzar su cruz»[5]. Es decir, debe tomar y hacer desaparecer todo aquello que le resulta una cruz y sufrimiento. Porque ciertamente, para aquel que se hubiese renunciado a sí mismo y hubiese hecho desaparecer del todo su propio yo, no podría haber ni cruz, ni sufrimiento, ni sufrir. Todo le parecería deleite, gozo y placer cordial, y un hombre así encontraría a Dios y lo seguiría de verdad. Porque, así como a Dios nada puede turbarlo ni hacerlo sufrir, tampoco nada podría turbar a un hombre así ni hacerlo sufrir; de modo que, cuando Nuestro Señor dice «El que quiera venir a mí, que se niegue a sí mismo, alce su cruz y me siga», eso no

5. Traducimos por «alzar» el *ûfheben* original, que, como «alzar» tiene el doble sentido de, «levantar, cargar» y «quitar».

es ningún mandamiento, como se suele decir y creer, sino que es una promesa y una enseñanza divina dadas al hombre para mostrarle de qué modo todos sus sufrimientos, todos sus actos y su vida entera se vuelven deliciosos y gozosos; o sea que más que un mandamiento es una recompensa. Porque un hombre de ese tipo tiene todo cuanto quiere, y no quiere nada malo, y eso es la beatitud. Y con razón dice por tanto Nuestro Señor: «Bienaventurados los que sufren por la justicia».

Además, cuando Nuestro Señor —el Hijo— dice: «Que se niegue a sí mismo, alce su cruz y venga a mí», eso significa: «Que se convierta en hijo, igual que yo soy Hijo, nacido de Dios, (se convierta en) el mismo Uno que yo soy, tomando su ser del seno y el corazón del Padre, donde está mi lugar y mi morada». Y el Hijo también dice: «Padre, quiero que quien me siga y venga a mí, esté allí donde estoy yo». En realidad, nadie llega hasta el Hijo —al Hijo en cuan-

to Hijo— sin convertirse a su vez en hijo, y nadie está donde está el Hijo —que es uno en lo Uno en el seno y corazón del Padre—, sino aquel que es hijo.

«Los conduciré —dice el Padre— a un desierto y hablaré a sus corazones». De corazón a corazón, uno en lo Uno, eso es lo que le gusta a Dios. Dios detesta todo lo ajeno y distante a Él; Dios arrastra y atrae a la Unidad, y todas las criaturas —incluso las más inferiores— buscan la unidad, lo Uno, y las más elevadas lo encuentran; arrastradas por encima de su naturaleza y transformadas, buscan lo uno en lo Uno, lo Uno en sí. Y eso es sin duda lo que quiere decir el Hijo: «En la Divinidad, como Hijo en el Padre, allí donde estoy yo debe estar también el que me sirve, el que me sigue, el que viene a mí».

*

Y he aquí otro consuelo. Hay que saber que a la naturaleza toda le resulta imposible romper, corromper o siquiera tocar cosa

alguna sin que sea con vistas a algo mejor para lo que toca. No tiene bastante con crear un bien que sea semejante, sino que incesantemente quiere algo mejor. ¿Y cómo así? Un buen médico nunca toca el dedo enfermo de un hombre, causándole con ello dolor, sin que sea capaz de mejorar el estado del dedo o del hombre entero y así aliviarlo. Si puede mejorar el estado del hombre y del dedo, lo hace; si no, amputa el dedo para que mejore el hombre. Es mucho mejor sacrificar sólo el dedo y salvar al hombre que el que se pierdan el dedo y el hombre; mejor un perjuicio que dos, y más cuando uno sería incomparablemente mayor que el otro. Y también hay que saber que, por naturaleza, el dedo, la mano y cada miembro siente, por el hombre del que es miembro, un amor mucho mayor que el que siente por sí mismo, y acepta de buen grado y gozosamente las miserias y perjuicios que beneficien al hombre. Y por eso digo con total seguridad y de conformidad con la verdad que ese miembro

no se ama en absoluto a sí mismo, sino tan sólo por aquel y en aquel de quien es miembro. Por eso sería totalmente justo y conveniente a nuestra naturaleza que no nos amásemos en absoluto a nosotros mismos sino por Dios y en Dios; si así fuese, todo cuanto Dios quisiera de nosotros y en nosotros nos resultaría fácil y delicioso, sobre todo si tuviésemos la certeza de que Dios todavía podría tolerar incomparablemente menos que nos alcanzase algún sufrimiento o perjuicio si no viese en él y buscase con él un bien mucho mayor. Y es que, si en eso uno no confía en Dios, es de lo más justo que tenga sufrimiento y pena.

He aquí otro consuelo. Dice San Pablo que Dios castiga a todos cuantos acepta y acoge como hijos. Al que tiene que ser hijo, le corresponde sufrir. Como el Hijo de Dios no podía sufrir en la Divinidad y la Eternidad, Dios lo envió al tiempo, para que se convirtiese en hombre y pudiese sufrir. Así pues, si lo que tú quieres es llegar a ser

hijo de Dios y no sufrir, estás completamente equivocado. En el *Libro de la Sabiduría* está escrito que Dios examina al justo y lo pone a prueba como se prueba el oro fundiéndolo en el crisol. Un signo de que el rey o un príncipe confía plenamente en un caballero es que lo envíe al combate. Sé de un señor que, a veces, tras haber aceptado que alguien entrase a formar parte de sus compañeros de armas, lo hacía salir de noche, y luego cabalgaba tras él, le salía al paso y luchaba con él. Y una vez sucedió que uno a quien quería poner así a prueba casi lo mata, y en adelante sintió por aquel siervo mucho más afecto.

Leemos que San Antonio, en el desierto, tuvo que sufrir en cierta ocasión particular grandes sufrimientos por parte de los malos espíritus. Una vez que hubo triunfado sobre su tribulación, se le apareció Nuestro Señor en persona, lleno de alegría. Y le dijo entonces el santo varón: «¡Ay, Señor amado! ¿Dónde estabas entonces, cuando me encontraba en peligro tan grande?» Y res-

pondió Nuestro Señor: «Aquí estaba, igual que ahora; sólo que quería y deseaba ser testigo de tu piedad». Un trozo de plata o de oro puede ser puro, pero cuando se quiere hacer de él una copa en la que beba el rey, se pone en un horno a mucha más temperatura de lo normal. Por eso está escrito que los apóstoles se regocijaban cuando eran juzgados dignos de ser despreciados y con ello sufrir por Dios.

El que era Hijo de Dios por naturaleza quiso convertirse en hombre por gracia para poder sufrir por ti, ¿y tú quieres convertirte en hijo de Dios, abandonar tu naturaleza humana, para no tener que sufrir por Dios ni por ti mismo?

Si el hombre quisiera comprender y recordar el gran gozo que en verdad experimenta Dios mismo en el modo que le es propio, así como todos los ángeles y todos los que conocen y aman a Dios, cuando ven la paciencia del hombre que sufre por Dios tribulaciones y penas, en verdad eso solo ya

tendría que bastar para consolarlo. ¿No es cierto que gustosamente da un hombre sus bienes y sufre tribulaciones si con ello regocija a un amigo y le demuestra su afecto?

E igualmente hay que pensar que, si un hombre tuviese un amigo que por él sufriese dolores e infortunios, sería muy justo que ese hombre estuviese al lado de su amigo, lo reconfortase con su presencia y con todos los consuelos que pudiese darle. Por eso Nuestro Señor, hablando del hombre bueno, dice en el Salterio que Él está con él en el sufrimiento. Pues bien, de estas palabras pueden extraerse siete enseñanzas y siete motivos de consuelo.

Primero lo que dice San Agustín de que la paciencia en el sufrir por Dios es mejor, más preciosa, más elevada y más noble que todo lo que al hombre le puedan quitar en contra de su voluntad, porque todo eso será un bien exterior; y sabe Dios que no hay nadie, por rico que sea, que amando a este mundo no aceptase de buen grado sufrir grandes

dolores y sufrirlos largo tiempo si luego pudiese convertirse en el poderoso señor del mundo entero.

El *segundo consuelo* no es que solamente lo deduzca con ayuda de estas palabras divinas de que Dios está con el hombre en su sufrimiento, sino que tomo directamente las palabras en sí mismas y digo: si en el sufrimiento está conmigo Dios, ¿qué más quiero? ¿qué otra cosa quiero? Y yo no quiero otra cosa, no quiero más que a Dios, si soy como tengo que ser. Dice San Agustín: «Es demasiado codicioso y muy poco razonable aquel a quien no le basta Dios». Y dice en otra parte: «¿Cómo van a bastarle al hombre los dones de Dios, exteriores o interiores, si el mismísimo Dios no le basta?» Y en otro lugar: «Señor, si nos alejases de Ti, danos otro "Tú", pues no queremos otra cosa que a "Ti"». Por eso dice el *Libro de la Sabiduría*: «Junto con Dios —la eterna Sabiduría—, todos los bienes a un tiempo han venido a mí». Eso, en cierto sentido, significa que

todo lo que viene sin Dios no es bueno ni puede serlo, mientras que todo lo que viene con Dios es bueno, y lo es únicamente porque viene con Dios. No hablo [de que vengan o no] *de* Dios, pues todas las criaturas del mundo entero, si se les quitase el ser que da Dios, serían una pura nada, desagradables, vanas y odiosas. Estas palabras de que con Dios nos vienen todos los bienes contienen muchos otros sentidos preciosos, pero resultaría demasiado largo exponerlos aquí.

Dice Nuestro Señor[6]: «Estoy con el hombre en el sufrimiento», y San Bernardo, refiriéndose a esto, dice: «Si estás conmigo en el sufrimiento, Señor, hazme sufrir en todo momento para que así en todo momento estés cerca de mí, para que te posea en todo momento».

En tercer lugar, digo: «Dios está con nosotros en el sufrimiento» significa que Él

6. En los *Salmos*.

sufre con nosotros. Ciertamente, quien conoce la verdad sabe que lo que digo es cierto. Dios sufre con el hombre, sí, sufre en la modalidad que es propia de Él, sufre incomparablemente más que el que sufre por Él. Ahora bien, digo yo que si Dios mismo quiere sufrir, es de lo más justo que también sufra yo, porque, si soy como tengo que ser, quiero lo que Dios quiere. Todos los días pido —y a pedirlo me enseña Dios— «¡Hágase, Señor, tu voluntad!»; y en cambio, en el momento en que Dios quiere (que se produzca) el sufrimiento, me quejo de que estoy sufriendo; y eso es un error enorme. Y digo también con certeza que, cuando nosotros sufrimos sólo por Dios, Él sufre tan a gusto que sufre sin sufrir. Tanto deleite le causa el sufrir, que sufrir, para Él, no es sufrir. Y por eso, si fuésemos como tenemos que ser, para nosotros el sufrimiento no sería sufrimiento, sino que sería gozo y consuelo.

En cuarto lugar, digo que la compasión

del amigo hace que disminuya de manera natural el sufrimiento; de modo que, si es capaz de consolarme la compasión que un ser humano siente por mí, mucho más todavía me consolará la compasión de Dios.

En quinto lugar, si yo debería sufrir y querría sufrir con una persona a la que amase y que me amase, entonces, de buen grado y con toda legitimidad deberé sufrir con Dios, que sufre conmigo y por mí debido al amor que me tiene.

Y digo *en sexto lugar*: si es que Dios sufre antes de que sufra yo, y si yo sufro por Dios, en verdad que para mí todo mi sufrimiento se convierte fácilmente en consuelo y alegría, por grande y repetido que sea. Eso es verdad por naturaleza: si el hombre lleva a cabo un acto con vistas a otro acto, lo que más cerca está de su corazón es el fin por el que actúa, mientras que lo que ahora está haciendo está más lejos de su corazón y sólo afecta a su corazón en la medida en que es (un medio) para el fin por el que actúa. El

que construye, el que corta madera y talla la piedra para construir una casa contra el calor del verano y el frío del invierno, tiene el corazón puesto más que nada en la casa; él nunca tallaría esa piedra ni haría ese trabajo si no fuese por la casa. Ya sabemos que, cuando un hombre está enfermo y bebe vino dulce, encuentra y dice que el vino es amargo; y lo es, porque toda la cualidad que tiene el vino en el exterior la pierde con el amargor de la lengua, antes de que llegue al interior, (que es el lugar) donde el alma saborea y aprecia el gusto. Pues lo mismo ocurre en un sentido incomparablemente más elevado y verdadero cuando un hombre lleva a cabo con vistas a Dios todos sus actos, Dios es el mediador y lo más próximo a su alma, de modo que nada puede tocar al alma ni al corazón del hombre sin que pierda antes su amargura gracias a Dios y a la dulzura de Dios, y sin que se convierta en pura dulzura antes que pueda tocar el corazón de ese hombre.

Y hay otra prueba y otra comparación: dicen los maestros que debajo del cielo se encuentra un fuego repartido por todas partes, y que por eso no hay lluvia ni viento, ni tormenta alguna o mal tiempo venido de abajo que puedan acercarse al cielo lo bastante para poder tocarlo siquiera: todo lo consume y aniquila el ardor del fuego antes de llegar al cielo. Y digo yo que, del mismo modo exactamente, todo lo que sufrimos y llevamos a cabo por Dios se convierte en total dulzura en la dulzura de Dios, antes de llegar al corazón del hombre que actúa y sufre por Dios. Y eso es lo que significan esas mismas palabras, «por Dios», pues ninguna cosa alcanza al corazón del hombre si no fluye a través de la dulzura de Dios, en la que pierde su amargura, consumida por el ardiente fuego del amor divino, que envuelve y encierra dentro de sí al corazón del hombre bueno.

Así, vemos de manera clara que el hombre bueno, cuando sufre, es convenientemente consolado conforme a modos diferentes y en

todos los aspectos, tanto en el sufrir como en el obrar. Es de un modo cuando (se encuentra situado en el plano en el que meramente) sufre y obra por Dios, y de otro modo cuando se encuentra situado en el amor a Dios. Y en ello también puede el hombre ver y saber si sus actos todos los lleva a cabo por Dios y si se encuentra en el amor de Dios, porque, realmente, en la medida en que el hombre se encuentre desdichado y desconsolado, es que su acto no lo llevaba a cabo con vistas a Dios tan sólo, y fijaos que tampoco se encontraba de manera constante en el amor a Dios. «Hay un fuego —dice el rey David— que viene con Dios y delante de Dios, y consume en torno a Él todo aquello en lo que encuentra Dios resistencia» y todo lo que es desemejante a Él: sufrimiento, desolación, descontento y amargura.

Y por último, *hay un séptimo consuelo* en las palabras «cuando sufrimos, Dios está con nosotros y nos compadece», y es que la naturaleza propia de Dios puede consolar-

nos con gran fuerza debido a que Él es lo Uno absoluto, sin el añadido de ninguna multiplicidad diferenciante ni siquiera en pensamiento, pues todo cuanto hay en Él es Dios. Y puesto que es verdad, digo que todo cuanto el hombre bueno sufre por Dios lo sufre en Dios, y que cuando sufre, sufre Dios con él. Si mi sufrimiento está en Dios y Dios sufre conmigo, ¿cómo puede ser que el sufrir me resulte un sufrimiento, si el sufrir disuelve el sufrimiento y si mi sufrimiento está en Dios y si mi sufrimiento es Dios? Realmente, igual que Dios es la verdad y que allí donde encuentro la verdad encuentro a mi Dios que es la verdad, del mismo modo exactamente, ni más ni menos, cada vez que encuentro un sufrimiento puro —por Dios y en Dios—, encuentro que mi sufrimiento es Dios. Que el que no se dé cuenta de eso acuse a su cegazón y no a mí, ni a la Verdad divina, ni a la amable Bondad.

De conformidad con este modo, por tanto, sufrid por Dios puesto que ello resul-

ta de tanto provecho y representa la bienaventuranza. «Son bienaventurados los que sufren por la justicia» dice Nuestro Señor; ¿y cómo el Dios que ama la bondad iba a tolerar que sus amigos, hombres buenos, no sufriesen constantemente y sin cesar? Si un hombre tuviese un amigo que aceptase sufrir unos cuantos días para merecer poseer por largo tiempo gran provecho, honor y satisfacción, y el otro quisiera impedírselo o desease que alguien se lo impidiese, no se diría que es su amigo y que le quiere. Por eso en modo alguno podría tolerar Dios fácilmente que sus amigos, hombres buenos, estuviesen sin sufrimiento, a menos que fuesen capaces de sufrir sin sufrimiento [padecido por motivaciones personales]. Todo el bien del sufrimiento exterior proviene y dimana de la bondad de la voluntad, como he dicho antes. Y por eso todo lo que el hombre bueno quisiera sufrir y está dispuesto a sufrir por Dios, lo sufre ante la faz [la presencia] de Dios y por Dios en Dios.

Dice el rey David en el salterio: «Estoy preparado para toda tribulación, y mi dolor siempre está presente en mi corazón, ante mi faz». Dice San Jerónimo que una cera pura, que sea muy maleable y apta para cualquier forma que se le deba y quiera dar, ya contiene en sí todo aquello que se puede formar con ella, y eso aun cuando nadie forme de ella ninguna cosa visible exteriormente. Antes he dicho también que la piedra no es menos pesada cuando no toca el suelo de forma visible exteriormente; todo su peso reside enteramente en el hecho de que tiende hacia abajo y de que está de suyo dispuesta a caer. Y también he dicho antes que el hombre bueno ya ha hecho ahora en el cielo y en la tierra lo que ha querido hacer, cosa en la que también es semejante a Dios.

Y ahora puede uno darse cuenta y comprender qué mente más tosca tienen aquellos que suelen asombrarse al ver que los hombres buenos padecen sufrimientos e infortunios, y a menudo les pasa por la

cabeza la errónea idea de que la causa de ello es que tienen un pecado secreto, e incluso dicen a veces: «¡Ay, y yo que pensaba que esa persona era tan buena! ¿Cómo puede ser que padezca tales sufrimientos e infortunios? Pensaba que era una persona sin tacha». Y yo estoy de acuerdo: si lo que esas personas padecen fuese un sufrimiento y una desgracia, sería que no eran buenas ni estaban libres de pecado. Pero si son buenas, para ellas el sufrimiento no es sufrimiento ni desgracia, sino que es gran dicha y beatitud. «Bienaventurados —dice Dios, que es la Verdad— los que sufren por la justicia», por eso dice el *Libro de la Sabiduría*: «En manos de Dios están las almas de los justos. Los necios imaginan y sostienen que mueren y que perecen, pero están en paz», en las delicias y la dicha. En el pasaje donde describe San Pablo que muchos santos han sufrido todo tipo de grandes penas, también dice que el mundo no era digno de ellos. Bien entendidas, estas palabras tienen tres senti-

dos. El primer sentido es que este mundo no es digno de la presencia en él de muchos hombres buenos. Hay, luego, un segundo significado, preferible, que es que la bondad de este mundo es despreciable y sin valor: sólo tiene valor Dios, y por eso los hombres buenos tienen valor para Dios y son dignos de Dios. Y el tercero es el significado en el que pienso en este momento, que es que el mundo, y por tanto todo aquel que lo ama, no es digno de pasar sufrimiento ni desdicha por Dios. Por eso está escrito que los santos apóstoles se regocijaban de sufrir tormentos por el nombre de Dios.

Y ahora, basta ya de esta cuestión, porque quiero hablar en la tercera parte de este libro sobre varias clases de consuelo con las que un hombre bueno puede y debe sentirse consolado en su dolor, consuelos que se encuentran en los actos de los hombres buenos y sabios, y no sólo en sus palabras.

* * *

PARTE 3

Leemos en el *Libro de los Reyes* que un hombre maldijo al rey David y le infligió grandes ultrajes. Entonces, un amigo de David le dijo que quería matar a aquel perro malo. El rey respondió: «No, porque quizás con este oprobio quiera y vaya a darme Dios lo que es mejor para mí».

Leemos en el *Libro de los Padres del desierto* que una vez un hombre se quejaba a uno de ellos por sus sufrimientos. Y respondió el Padre: «¿Quieres que le pida a Dios que te libre de ellos, hijo mío?» Y respondió el otro: «No, padre mío, que me doy cuenta de que me resultan saludables. Pídele más bien a Dios que me dé su gracia para que sufra yo de buen grado».

Un día le preguntaron a un enfermo por

qué no pedía a Dios que lo curase. El hombre respondió que se lo impedían tres cosas. La primera, que creía estar seguro de que Dios, que está lleno de amor, nunca permitiría que estuviese enfermo si eso no fuese lo mejor para él. Lo segundo, que, si el hombre es bueno, quiere todo lo que Dios quiere, y no que Dios quiera lo que quiere el hombre, eso sería un gran error. Y si Él quiere que yo esté enfermo —porque si no lo quisiera Él, yo no lo estaría—, tampoco yo debo desear estar sano; porque sin duda alguna, si fuese posible que Dios me devolviese la salud en contra de Su voluntad, la salud no tendría valor para mí ni me resultaría agradable. El querer viene del amor, y el no querer viene de la falta de amor[7]. Es preferible con mucho, es mejor y más útil para mí que Dios

7. Es decir: «El querer [Dios que yo esté enfermo] viene del amor [de Dios por mí]; y el no querer [no aceptar yo mi enfermedad, querida por Dios (que no puedo evitar de manera natural, por ejemplo con remedios)] viene de la falta de amor [de mí por Dios]». Eckhart da por sentado que algo

me ame y yo esté enfermo, que no que yo esté sano y Dios no me ame, porque lo que Dios ama es algo y lo que Dios no ama es nada, dice el *Libro de la Sabiduría*. Y estas palabras contienen también la verdad de que todo cuanto Dios quiere es bueno, precisamente porque lo quiere. Para expresarlo con un símil humano, realmente preferiría que un hombre rico y poderoso —por ejemplo, un rey— me quisiera y pese a ello me dejase cierto tiempo sin hacerme obsequio alguno, que no que me hiciese un presente enseguida pero no me quisiese de manera sincera; preferiría que, por amor, no me diese nada ahora porque quería hacerme luego obsequios más grandes y abundantes. E incluso tengo en consideración el que el hombre que me ama y ahora no me da nada no tenga

---

es «querido por Dios» cuando Dios no manda a la vez el medio de evitarlo, como la medicina en el caso de una enfermedad; si no, el espiritual no podría asirse a una cuerda para salir de un pozo en el que hubiese caído, subirse a una balsa para no morir ahogado, ni escapar de un bosque en llamas.

tampoco intención de darme algo más tarde; quizás cambie luego de intención y me dé algo. Yo esperaré con paciencia, y tanta más cuanto que sus dones son gracias inmerecidas. Y también es cierto que aquel cuyo amor yo no aprecio, a cuya voluntad se opone la mía y de quien lo único que me interesa son sus dones, hace muy bien en no darme nada, e incluso en abominar de mí y dejarme en la aflicción.

El tercer motivo por el que me parecería innoble y repugnante pedirle a Dios la salud es que al Dios rico, lleno de amor y generoso no quiero rogarle por algo tan nimio. Si he recorrido cien leguas, o doscientas, para ir a ver al Papa y, luego, cuando estoy delante de él, le digo: «Padre santo, con grandes gastos he recorrido unas doscientas leguas de camino difícil para pediros —y ese es el motivo que me ha impulsado a venir a veros— que me deis un haba», en verdad que tanto él como cualquiera que me oiga tendrá mucha razón si dice que soy un gran necio.

Pues bien, es verdad segura que todo bien, e incluso todas las criaturas, comparadas con Dios, son menos que un haba comparada con todo el mundo material. Por eso si yo fuese un hombre bueno y sabio debería negarme, con toda razón, a pedir a Dios que me devolviese la salud.

Y a este respecto, añado yo: es signo de corazón débil el estar alegre o triste en función de las cosas efímeras de este mundo. El que lo observe en sí mismo debería sentir vergüenza de corazón delante de Dios, los ángeles y los hombres; ¡tanto que nos avergonzamos de un defecto que los demás ven externamente en nuestro rostro!... ¿Hace falta que diga más? Los libros del Antiguo y el Nuevo Testamento, como los de los santos y los de los paganos, hablan largo y tendido de personas piadosas que, por Dios y también por virtud natural, dieron su vida y renunciaron a sí mismas de buen grado.

Un maestro pagano, Sócrates, dice que las

virtudes hacen que las cosas imposibles se vuelvan posibles, e incluso fáciles y agradables. Y tampoco olvido que la santa mujer de la que habla el *Libro de los Macabeos* fue un día testigo de los inhumanos, espeluznantes y horribles tormentos que hacían sufrir a sus siete hijos. Ella miraba, con ánimo sereno, y les daba ánimos y, uno tras otro, los exhortaba a no temer y a sacrificar de buen grado cuerpo y alma por la justicia de Dios.

*

Aquí termina este libro, pero voy a añadir dos cosas más.

La primera es que, en verdad, un hombre bueno y divino debería sentir gran vergüenza de dejar que lo turbe el sufrimiento, viendo como vemos que el mercader, para conseguir un beneficio que es pequeño y además incierto, se va a tierras lejanas, internándose por caminos llenos de dificultades, atraviesa montes y valles, regiones salvajes y océanos, desafiando el peligro de bandidos que ame-

nazan su vida y sus bienes, soporta grandes privaciones en el comer, el beber y el dormir, y otras vicisitudes, y sin embargo todo lo olvida voluntariamente y de buen grado por ese beneficio pequeño e incierto. Un caballero, en el combate, arriesga bienes, vida y alma por un honor efímero y de poca duración, ¡y a nosotros se nos hace tan enorme el sufrir un poco por Dios y por la vida eterna!

Lo segundo es que muchos espíritus toscos dirán que muchas cosas que he escrito en este libro y en otros lugares no son verdad; les responderé con lo que dice San Agustín en el libro primero de sus *Confesiones*. Dice que Dios ya tiene hecho ahora lo que todavía está por venir, incluso dentro de miles y miles de años, si es que el mundo dura tanto todavía, y que todo aquello que pasó y ha pasado desde hace milenios, también lo hará hoy. ¿Qué puedo hacerle yo si alguien no comprende eso? Y en otro lugar dice que es patente que siente excesivo amor por sí mismo el que quiere que los otros no

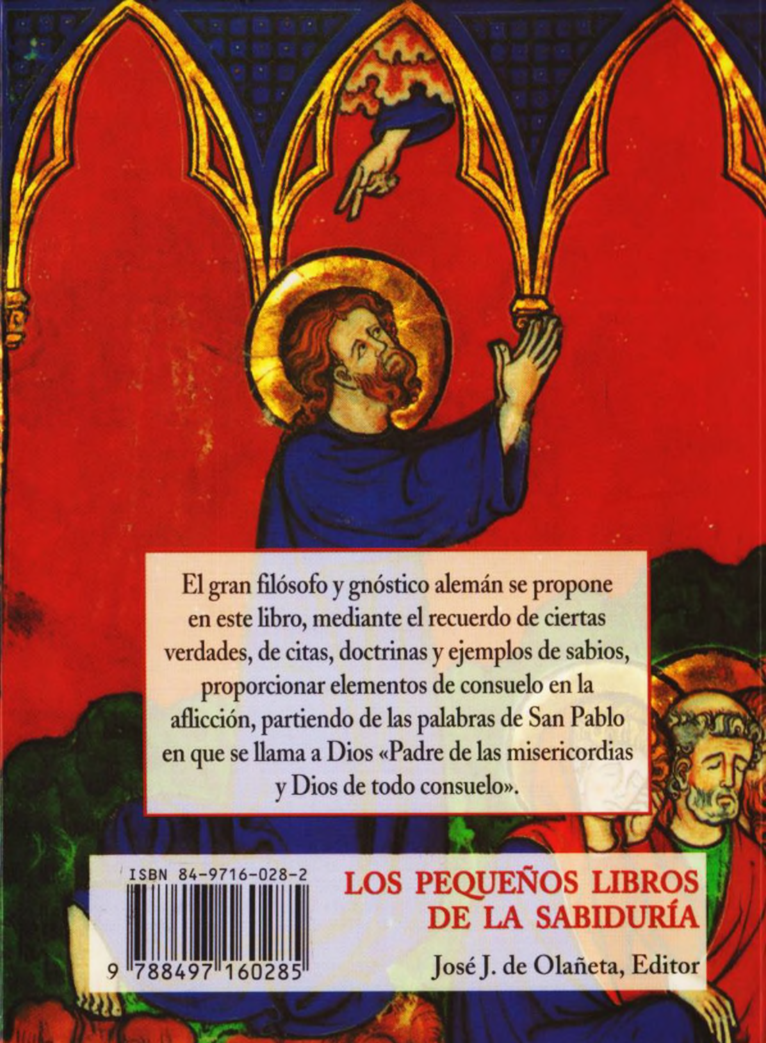
vean para que así permanezca oculto que él no ve. Bastante tengo con que en mí y en Dios sea verdad lo que digo y escribo. El que ve un palo metido en el agua tiene la impresión de que el palo está quebrado, pese a que es bien recto, y la causa de ello es que el agua es menos sutil que el aire; pero el palo es recto, no quebrado, tanto en sí mismo como para aquel que lo ve tan sólo en la pureza del aire.

Dice San Agustín: «Aquel que, sin conceptos numerosos, sin diversidad de objetivaciones y representaciones imaginativas, reconoce interiormente lo que no ha captado por medio de ninguna percepción exterior, sabe que eso es verdad. Pero el que no sabe nada de eso ríe y se burla de mí; y siento compasión por él. Sin embargo hay otros que, siendo gente como esa, además quieren contemplar y saborear cosas eternas y obras divinas, y estar en la luz de la eternidad, mientras que su corazón todavía revolotea por el ayer y por el mañana».

Séneca, un maestro pagano, dice que de las cosas grandes y sublimes hay que hablar con pensamientos grandes y sublimes y alma elevada. Y tal vez haya también quien diga que doctrinas como estas no hay que enunciarlas y ponerlas por escrito para los no versados; a eso respondo que, si a los que no tienen instrucción no se les instruye, nadie será instruido nunca, ni nadie podrá nunca instruir ni escribir. Porque a los no instruidos se los instruye para que de ignorantes pasen a ser gente instruida. Si no hubiese ninguna cosa nueva, tampoco nada llegaría a ser viejo. «No son los sanos los que tienen necesidad de remedios», dice Nuestro Señor. El médico está para curar a los enfermos. Y si alguno comprende mal estas palabras ¿qué puede hacer en ello el que expresa verazmente palabras tan veraces? San Juan anuncia el santo Evangelio a todos los creyentes, y también a todos los increyentes para que se conviertan en creyentes; y sin embargo comienza el

Evangelio con lo más sublime que un hombre puede decir de Dios en este mundo; pues bien, esas palabras, lo mismo que las de Nuestro Señor, se han malinterpretado a menudo.

Que Dios amoroso y misericordioso —la Verdad— nos dé, a mí y a todos cuantos lean este libro, el encontrar y reconocer la verdad en nosotros. Amén.



El gran filósofo y gnóstico alemán se propone en este libro, mediante el recuerdo de ciertas verdades, de citas, doctrinas y ejemplos de sabios, proporcionar elementos de consuelo en la aflicción, partiendo de las palabras de San Pablo en que se llama a Dios «Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo».

ISBN 84-9716-028-2
9 788497 160285

LOS PEQUEÑOS LIBROS DE LA SABIDURÍA

José J. de Olañeta, Editor